

Capítulo 1

-López, ¿qué haces fuera de tu puesto? –susurró el Capitán.

-Me estaba echando un cigarro –contestó en voz baja desde el fondo de la habitación.

-Y Fran, ¿dónde está? –preguntó malhumorado.

López se giró bruscamente y al ver que no había nadie en su puesto, rápidamente tiró el cigarro y se dirigió raudo hacia la ventana, que era la única fuente de iluminación que proporcionaba la escasa claridad que había en aquella oscura habitación, en la que solo se podían ver los LEDs de los dispositivos que allí se hallaban.

-Pues no sé mi Capitán, estaba aquí hace unos segundos.

El Capitán Sánchez miró hacia otro lado para tratar de calmar su gran enfado, cuando en ese mismo instante, apareció Fran.

-Os he dicho mil veces que nunca abandonéis vuestro puesto -susurró el Capitán con notorias muestras de irascibilidad.

-Mi Capitán han sido unos segundos, he ido al coche a por la batería de repuesto para la cámara -murmuró tratando de disculpar su actuación.

-Haber avisado a López, ¡Joder! –dijo ofuscado-. Mirar si hay alguna novedad.

López miró a través de la ventana con unos prismáticos.

-No mi Capitán, siguen estando en la puerta los dos mismos individuos.

Era la 1:30 de la madrugada de una noche fría y con bastante humedad, provocada por la niebla que envolvía las naves de aquel polígono industrial. Los guardias estaban desde las 5:00 de la tarde en la nave posicionada de frente a la que estaban vigilando, por lo que les invadía un ligero tedio.

-Román, ponte en contacto con el helicóptero para que te confirmen por donde va el camión.

-Voy –contestó el Teniente Román, que se hallaba en un rincón de aquel cuarto, sentado frente a un ordenador portátil con los auriculares puestos.

-No hace falta mi Capitán –intervino Fran alterado-. Acaba de entrar en la calle.

El Capitán Sánchez se acercó sigilosamente hacia la ventana, cogió los prismáticos y se dispuso a observar el camión. Aunque su currículum en intervenciones de ese tipo era bastante extenso, cuando se acercaba ese momento, invadía todo su ser un estado de inquietud acompañado por un ligero temor por el desenlace de la operación.

-En el camión van dos personas –susurró el Capitán a la vez que su ritmo cardiaco empezaba a acelerarse-. López ¿ha aparecido algún individuo más? –preguntó sin apartar los prismáticos de sus ojos.

-No señor, solo hemos visto los seis de antes y dos de ellos están identificados –contestó mientras se aseguraba el chaleco antibalas.

-Bien, ocho en total –dijo apartándose de la ventana-. Román, ¿está lista la Unidad Especial de Intervención?

-Sí, me han comunicado que en el momento que les avisemos se presentaran aquí en un par de minutos –contestó el Teniente a la vez que se abrochaba el chaleco antibalas y se ponía el casco.

-Adviérteles para que estén preparados. Fran tú te quedas en el dispositivo.

Fran asintió desde la ventana sin dejar de mirar con los prismáticos a través de ella.

-Mi Capitán, el camión está entrando marcha atrás en la nave y han salido otros dos. A juzgar por el bulto de sus chaquetas también van armados.

-Tranquilo, vamos hacia la puerta, avisa a la UEI cuando...

-Mi Capitán, mi Capitán –interrumpió Fran-. Ha entrado en la calle un coche a toda velocidad y dando ráfagas de luz.

En ese instante se podían oír los latidos del corazón de todos los allí presentes, que a excepción de Fran se hallaban pistola en mano al lado de una pequeña puerta que daba acceso a la calle.

-¡Esperad! –murmuró el Capitán mientras se dirigía hacia la ventana.

Una vez allí, observó como del coche salía a toda prisa un individuo que se acercó a uno de ellos y le comunicó algo haciendo bruscos aspavientos. En ese momento, el camión que se hallaba casi dentro de la nave, paró de golpe su maniobra y comenzó a salir de ella con bastante premura.

El Capitán se dirigió rápidamente hacia la puerta.

-Fran, llama inmediatamente a la UEI y que unos sigan al camión y otros nos den apoyo. ¡Vamos a entrar! –exclamó desbordado.

-Mi Capitán no sería más sensato esperar a que lleguen los de la UEI –preguntó López mientras cargaba el subfusil que portaba.

-¡Esperar a qué!, a que se dispersen todos. ¡Vamos...! –gritó a la vez que abría la puerta que daba acceso a la calle.

-¡Alto a la Guardia Civil! –gritaron a todo pulmón.

Daba la sensación de que ese desgañitado alarido, más que para hacerse oír, era un grito de guerra para soltar la adrenalina acumulada que llevaban en aquel momento.

López se dirigió corriendo hacia el camión, efectuando varios disparos al aire para que se detuviera. Pero el conductor en vez de parar, huyó del lugar a la máxima velocidad que le permitía el terreno. En ese mismo instante los cinco individuos que había fuera, antes de refugiarse en la nave, efectuaron varios disparos que afortunadamente no impactaron en ningún agente.

Con gran celeridad los guardias se posicionaron a ambos lados de la puerta. En el lado derecho se encontraba el Capitán con la espalda apoyada en la pared y la pistola en vertical sujeta por ambas manos. Al otro lado se hallaban Román y López en la misma posición.

Sánchez miró su reloj, pero tan solo habían transcurrido unos segundos, aunque a él le pareciesen largos minutos.

-¡Entréguense, están rodeados! ¡No hagan ninguna tontería! –exclamó con gran énfasis.

Tras unos disparos que impactaron en el quicio de la puerta donde permanecía el Capitán, se oyó un ruido de cristales rotos. Román asomó su cabeza con un rápido movimiento y observó a dos individuos subidos en unas altas estanterías, que daban a una angosta ventana por las que pretendían huir. Por lo que efectuó unos disparos disuasorios contra la pared, para tratar de evitar su fuga.

El Capitán no paraba de dar vueltas a su cabeza sobre la identidad de la persona que les había puesto sobre aviso y estaba a punto de arruinar la operación. Nervioso, veía como aquel caso, al que tanto tiempo y trabajo le había dedicado, se iba al garete, por lo que decidió actuar antes de que aquellos individuos se le escaparan.

En ese instante movió su brazo para llamar la atención de sus compañeros. Cuando estos miraron, mediante señales con la mano, les indicó que entraran y se refugiaran tras unas estanterías y una máquina elevadora que se situaban en su lado; mientras él les cubriría.

-¡No sean insensatos, entréguense, aún están a tiempo! –gritó Sánchez para tratar de distraerlos. Román tumbado en el suelo, con movimientos rápidos, se asomó al interior de la nave varias veces, lo que hizo que localizara la posición de varios de los individuos y los sitios donde protegerse.

Román desde su posición comunicó mediante señas a su superior la posición de varios de ellos, luego dirigió la mirada hacia su compañero.

-Tú cúbrete en la elevadora, yo iré hacia las estanterías –le susurró.

Sánchez levantó tres dedos de su mano y mientras les volvía a advertir a todo pulmón que se entregaran, los fue bajando de uno en uno. Cuando acabó, Román y López entraron y ocuparon su posición bajo una lluvia de disparos.

Una vez localizados, Román comenzó a disparar, alcanzando a los dos individuos que pretendían escapar por la ventana, cayendo uno de ellos hasta el suelo.

Bajo el ruido ensordecedor de los disparos que retumbaban en aquella nave, el Capitán Sánchez se dispuso a entrar, impactando sobre él varios disparos que hicieron que se cayera. En aquel crítico momento llegó Fran, posicionándose en el lado izquierdo de la nave y ofreciendo cobertura. Al observar que Sánchez había sido herido, los tres guardias comenzaron a disparar hacia todos los lados para cubrir la huida de su superior, que reptando alcanzó su posición.

A la vez que introducían nuevos cargadores en sus armas, Román dirigió la mirada hacia el Capitán para que desde la distancia le informara de su estado. El Capitán con señas le comunicó que solo tenía un disparo en el muslo de su pierna derecha, los demás habían impactado en el chaleco.

-¡Entregaros antes de que haya más muertos, no seáis inconscientes! –gritó esta vez Román, aprovechando un silencio.

La contestación fue un par de disparos, que sirvieron a Sánchez para localizar al tirador y descerrajarle dos tiros, que hicieron que se desplomara.

Román empezó a desplazarse en cuclillas a lo largo de la estantería, hasta que localizó a otro individuo que permanecía oculto en una pila de palés y que apuntaba en dirección a su superior. Al verle la cara palideció. Instintivamente se agachó, no podía dar crédito a lo que acababa de ver. Dudando de su primera percepción, volvió a levantarse lentamente y lo observó por segunda vez. No había duda... era él. Por su mente solo pasaba la posibilidad de que estuviera ahí de incognito, pero en ese mismo instante oyó un disparo cercano que provenía del arma de aquel individuo. Levantó un momento la mirada y vio como a su superior se le doblaban las piernas hacia un lado y se desplomaba sobre ellas, dándose tal golpe al caer que su casco salió rodando.

Automáticamente reaccionó, se levantó como si de un resorte se tratara y lo apuntó a la cabeza con una inusitada rabia.

-¡Quieto desgraciado, tira el arma! –exclamó con gran tensión.

El individuo lentamente se giró hacia él.

-¡He dicho que tires el arma! –le volvió a gritar con rabia.

-Román, ¿eres tú?

-En mi vida hubiese pensado esto de ti. Eres un bastardo hijo de mala madre –dijo lleno de ira mientras que acariciaba el gatillo de su arma.

-Román, no te precipites, estoy aquí infiltrado –dijo el individuo en voz baja, tratando de calmarlo.

-No me jodas, he visto como te cargabas a Sánchez. ¡Suelta el arma!, no te lo repito más
-dijo con gran tensión, sujetando el arma con ambas manos.

-Sabes que soy buen tirador y he errado los tiros aposta, lo habrá alcanzado otro.

En ese mismo instante se podían observar los destellos de los furgones de la UEI a la vez que sus efectivos se desplegaban por toda la nave. Transcurridos escasos segundos, a través de un micrófono invitaban a los delincuentes a entregarse, aunque los disparos no cesaban.

-¡No te lo vuelvo a repetir! -dijo con gesto de irascibilidad a la vez que presionaba suavemente el gatillo.

-Como quieras, pero te estás equivocando.

El individuo perezosamente y sin apartar la mirada de sus ojos, se agachó para dejar la pistola en el suelo cuando se vieron sorprendidos por una ráfaga que impactó cerca de ellos. Instintivamente se agacharon, pero cuando Román se incorporó, aquel individuo desde la posición que mantenía, le descerrajó dos disparos; uno le impactó en el chaleco y el otro le acertó cerca del cuello. El Teniente sintió como de repente se le nublaba la vista, aturdido se agarró al cajón de fruta que protegía su cuerpo, volcándose encima al desplomarse. Yaciendo sobre un charco de sangre, antes de perder la consciencia, observó con su borrosa vista como aquel individuo corría hacia el fondo de la nave.

Capítulo 2

Cinco años después.

16 de Febrero a las 14:40.

Al borde de una curva donde se abría una importante depresión geográfica, se hallaban inmóviles un guardia y un Cabo de la benemérita en posición descanso, con gesto serio y con la mirada ausente, fija en el vehículo que yacía al fondo.

-Hace dos meses también estuve en esta maldita curva -dijo el Cabo bajando la mirada hacia el suelo, acompañado de un reiterado movimiento de negación-. Otro accidente; iban cuatro jóvenes. Dos de ellos fallecieron.

Se produjo un breve silencio tras el cual, con muestras de indignación, el Cabo continuó hablando.

-Mira que me joden ciertas administraciones irresponsables. Sabiendo desde hace años que esta curva está mal peraltada y que en ella ha habido varios accidentes con víctimas mortales, en vez de arreglarla, la marcan como punto negro y limitan la velocidad a 70km/h. ¡Lo más barato e insensato! –exclamó enérgicamente-. Luego se desviven haciéndonos creer que su máxima prioridad es evitar accidentes. Y Claro... para ello nos mandan a vigilar y sancionar, por supuesto sin afán recaudatorio -dijo con ironía.

-Ahora que se ha matado uno de ellos, seguro que la arreglan rápidamente -contestó su compañero indignado-. Es de vergüenza, luego nos quieren hacer creer que todos somos iguales... ¡una leche!

-Pues sí, esto parece funcionar así. Primero; se ven en la necesidad de recaudar. Segundo; buscan un problema existente. Tercero; conciencian a la sociedad del problema, bombardeándonos con los medios de comunicación. Y cuarto; en vez de tratar de solucionar el problema por otros derroteros, abren una lista de sanciones y recaudan -expuso el Cabo sin retirar la mirada del vehículo accidentado-. Puro marketing gubernamental.

Tras unos segundos de silencio absoluto, el guardia, con gesto de suma curiosidad, dirigió bruscamente la mirada hacia su compañero.

-Entonces... ¿Es cierto que la mujer que conducía, es la esposa de Manuel Ripol?

-Sí -respondió el Cabo rotundamente-. Además la han encontrado con un tío que no sabemos quién es.

-Será un amante, ¿no dicen que era un poco promiscua?

Ambos con una mueca de sonrisa pícara, volvieron bruscamente la cabeza al escuchar el sonido de un coche que se aproximaba. Expectantes, lo siguieron con la mirada hasta

que se detuvo detrás de una de las ambulancias. El coche era un Citroën C-4 camuflado, que se distinguía que era del cuerpo, porque tenía encendidas en su interior las luces rotativas azules y rojas.

Al parar el motor, salió del lado del acompañante un Teniente de unos treinta y cinco años de edad, con marcados rasgos mediterráneos y con una altura que superaba la media. Era moreno y muy bien parecido, lucía un bigote militarmente recortado y un impecable uniforme, que a juzgar por cómo le sentaba, daba la sensación que había sido confeccionado a medida. Fuera del coche se irguió y estiró su guerrera hacia abajo. Luego posicionando su tricornio entre el brazo izquierdo y el costado empezó a caminar con paso firme y ligero hacia los guardias.

Simultáneamente por el lado del conductor, salió una joven de unos treinta años de edad, de belleza discreta y de cuerpo espectacular. Era tan alta como el Teniente, medía alrededor de 1,80m., y lucía una media melena ondulada de color castaño. Iba ataviada con unos pantalones vaqueros y un abrigo corto abrochado hasta arriba, que no permitía ver el resto de su atuendo. Al salir del vehículo deslizó las manos sobre sus muslos para tratar de bajar sus ajustados pantalones pitillo, tras lo cual, se encaminó tras su compañero portando un maletín de laboratorio.

Mientras se acercaban a la pareja de la Guardia Civil que permanecía al borde del precipicio, el Teniente se cubrió con el tricornio.

-Buenas tardes –dijo el Teniente, llevándose la mano derecha a la frente para efectuar el típico saludo militar.

Los Guardias Civiles se irguieron y le devolvieron el saludo.

-¿Quién está a cargo del accidente?

-El Sargento Lázaro -respondió el Cabo a la vez que le señalaba con su índice.

Haciendo un rápido y corto movimiento de arriba hacia abajo con la cabeza, el Teniente y su compañera se dirigieron hacia él. El Sargento Lázaro se hallaba de espaldas charlando con un compañero y un sanitario de ambulancias. Al llegar a su posición el Teniente carraspeó.

-Buenos días -saludó con semblante serio.

El Sargento y su compañero se dieron bruscamente la vuelta y le saludaron marcialmente.

-Buenos días mi Teniente..., usted dirá -dijo el Sargento.

-Somos el Teniente Román Medina y la Cabo Elisa Castillo de la judicial; nos manda el Coronel Calellas para que nos hagamos cargo del accidente. ¿Es usted el Sargento Lázaro?

-Sí mi Teniente -contestó a la vez que asentía con la cabeza-, les estaba esperando.

Ante la atenta mirada de los allí presentes, el Teniente Medina, sin desplazarse mucho de la posición donde se hallaba, echó un detallado vistazo a la zona del accidente. Luego se metió la mano en el bolsillo de la guerrera y sacó una pequeña grabadora, pulsó el botón para ponerla en funcionamiento y se la acercó al Sargento.

-Pónganos al día sin omitir ningún detalle.

-¿Lo va a grabar, mi Teniente?, eso no es lo habitual -comentó el Sargento sorprendido.

-Tranquilo que no es nada oficial. Tengo tantas cosas en la cabeza que hay algunas que se me podrían pasar, de esta manera no me pierdo ni el más mínimo detalle. Puede comenzar cuando lo desee.

Era un procedimiento habitual en él, siempre que no le pusieran muchas trabas. No lo hacía porque tuviese mala memoria, sino porque le gustaba oír las una y otra vez por si detectaba posibles incongruencias con el caso en sí.

Tras una mueca de extrañeza, el Sargento comenzó su exposición.

-Ese ciclista vio el accidente -dijo volviendo la cabeza para señalarlo-. Según su declaración, eran las 14:40 e iba en sentido contrario al Mercedes, oyó un golpe a lo lejos y vio como al momento se salía el coche de la curva. Luego se acercó al barranco, les gritó varias veces y al no recibir respuesta llamó rápidamente al 112. Dice que en ningún momento bajó al coche, porque no tuvo tiempo, ya que en ese mismo instante aparecimos nosotros que veníamos casualmente en su misma dirección y nos paró. Cuando nos comunicaron el accidente por radio a las 14:49, nosotros ya estábamos aquí.

El Sargento, a la vez que efectuaba un sonido gutural parecido a una “m” continua sin vocales, se quitó un momento la gorra, pasó su palma de la mano sobre su despejada frente y volvió a cubrirse. Luego giró la cabeza en dirección a su compañero y rápidamente continuó con su exposición.

-Mientras mi compañero señalizaba el accidente, yo bajé al barranco. Sin mover la posición de los accidentados, les examiné las constantes vitales, pero ninguno respiraba ni tenía pulso. No intenté la reanimación porque además de haber pasado el tiempo reglamentario, se veía claramente que la mujer tenía el cuello roto y el hombre el cráneo destrozado contra el parabrisas. Acto seguido tomé unas fotos del vehículo y de la posición de los accidentados. Transcurridos unos minutos, llegaron las ambulancias y el médico confirmó sus defunciones.

-¿Describame a los accidentados? -ordenó el Teniente Medina, llevándose la grabadora a su boca.

-Uno es un hombre de rasgos caucásicos, de 45 a 50 años y de aproximadamente uno setenta de altura, complexión normal con algo de barriga. De tez y pelo moreno, con prominentes entradas y muy bien cuidado. Va vestido con un pantalón vaquero, camisa blanca, un barbur negro y guantes de piel, todo ello de marca. Estaba empotrado contra

el parabrisas delantero derecho y tenía el cráneo destrozado. Es obvio que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Ante la atenta mirada del Teniente, el Sargento hizo un breve receso para volverse a airear la cabeza y limpiarse con un pañuelo el sudor que le caía por la frente. Pues aunque era febrero aquel día era claro y a esa hora el sol les azotaba de lleno.

-El otro cadáver es de una mujer, también de rasgos caucásicos, 43 años según su DNI; también medirá alrededor de metro setenta, delgada, melena rubia y muy bien cuidada. Iba vestida con unos pantalones de montar beige, blusa blanca ajustada y chaqueta corta marrón. Está situada en el sillón del conductor con el cinturón de seguridad puesto, pero tiene el cuello roto. Ese vehículo al ser tan antiguo no lleva reposacabezas -dijo con gesto de circunstancia mientras el Teniente asentía con la cabeza.

-¿Ha registrado los cuerpos? -preguntó Román.

-Sí, con los guantes reglamentarios puestos busqué en el bolso de la mujer y encontré dos móviles y su cartera. Dentro de ella, el carné de conducir y el D.N.I. que la identifica como María Teresa Jornet Marín. La mujer de Don Manuel Ripol, el político -dijo con suspense.

-Ya, ya. ¿Ha encontrado alguna otra cosa relevante? -pregunto la Cabo Elisa Castillo.

-Mmm... que yo haya visto, ¡no! -respondió el Sargento encogiéndose de hombros.

-Por favor prosiga -ordenó el Teniente lanzando una mirada de atención a su compañera.

-Sin mover mucho al hombre, por el estado en el que se hallaba, le registré y no llevaba nada, ni cartera, ni móvil, ni llaves. Tan solo llevaba en el bolsillo interior de su barbur 571,50€. Cuatro billetes de 100€, tres de 50, uno de 20 y el resto en monedas. Tras registrarle me llamó el Coronel Calellas y le conté lo mismo. Me ordenó precintar el perímetro y que no se tocara nada hasta que llegaran ustedes. Y eso es todo mi Teniente.

El Teniente apagó la grabadora y la guardó en el bolsillo de su guerrera. Estaba ensimismado dando vueltas al protocolo de actuación en estos casos, ya que hacía tiempo que él no seguía ningún patrón. Él siempre se movía por lógica e intuición, pero en este caso en particular, tratándose de un personaje público, no se podía permitir ningún error protocolario.

-¿Han venido ya el forense y el juez? -preguntó Román dirigiendo su mirada al Sargento.

-El forense está allí abajo -contestó Lázaro señalando al fondo del terraplén-. El juez aún no ha llegado.

-¡Bien! Se va a quedar con ustedes la Cabo Castillo, colaboren con ella todo lo necesario. ¿Entendido?

El Sargento asintió con la cabeza, a la vez que le despidió con el habitual saludo militar.

-Elisa, sígame –dijo el Teniente a su compañera, disponiéndose a bajar por el terraplén que daba acceso al coche accidentado.

Una vez allí, ambos efectuaron un exhaustivo reconocimiento visual.

-Se queda usted al mando -dijo a su compañera, con gesto de autoridad-. Cuando llegue su ayudante, que no tardará mucho, examinen escrupulosamente la escena y documenten todo. Cuando el juez levante acta, que lleven lo antes posible los cadáveres al anatómico forense. Luego llamen a la grúa y que envíen el coche al depósito para analizarlo –en ese instante efectuó un silencio meditativo, mientras se atusaba su bigote con los dedos-. ¡Ah!... Vayan también al club de hípica, e investiguen la identidad del hombre que la acompañaba. Quiero en la mesa de mi despacho mañana a primera hora informes, fotos, declaraciones, atestado, identidades... ¡Todo, todo! ¿Queda claro?

-Se hará lo que se pueda, mi Teniente.

El Teniente se dio la vuelta y ante la atenta mirada de los allí presentes, se dispuso a ascender la tortuosa cuesta que le separaba de la carretera.

En ese momento Elisa en cuclillas abrió el maletín, mientras reflexionaba extrañada sobre el anómalo comportamiento que había tenido su compañero. Pues Román no se caracterizaba por ser una persona rígida y seca, sino todo lo contrario. Transcurridos unos segundos mostró en su rostro una ligera sonrisa, tras pasar por su mente la posibilidad de que ese comportamiento se debiese al ir uniformado. Pues habitualmente vestía de calle y siempre se había dicho, que ese uniforme imprime carácter.

Una vez que el Teniente alcanzó la cima, paró durante un instante, sacó un pañuelo de su bolsillo y descubriéndose la cabeza, secó el sudor de su frente.

-Qué calor, parece mentira que estemos en febrero –murmuró en soledad.

Luego se dirigió hacia su vehículo con paso firme y ligero, pero sin apartar su disimulada mirada de sus zapatos, que habían sustituido su original color negro, por un polvoriento tono blanquecino. Tras resoplar, se agachó y con el mismo pañuelo que se había limpiado el sudor, dio un ligero repaso a sus zapatos antes de subir al coche.

Capítulo 3

Habían transcurrido aproximadamente cinco horas desde que había ocurrido el accidente, cuando el Teniente Román Medina ataviado con su impecable uniforme, se hallaba al volante de un coche oficial en el patio de la casa cuartel.

Su rostro reflejaba un alto grado de insatisfacción, ya que no le agradaba el cariz que iban tomando los acontecimientos aquel día. Él era un hombre entregado a su oficio y no le gustaba ni pizca ciertos protocolos que le hacían perder tiempo de trabajo, y menos aún los que le obligaban a llevar uniforme. No por el mero hecho de llevarlo, ya que estaba muy orgulloso del cuerpo al que pertenecía, sino porque cada vez que le exigían ponérselo iba unido a ciertos eventos que consideraba improductivos e irrelevantes para la labor que realizaba y que nada tenían que ver con su adorado trabajo.

Desde aquel coche, Román compartía su impaciente atención entre su reloj de pulsera y la puerta de acceso a las oficinas. Dicha entrada estaba iluminada en la parte superior por una bombilla de luz amarilla, que tan solo proporcionaba una leve claridad. Tras un tenso tiempo de espera, se abrió la puerta y salió un hombre entrado en carnes, que se dirigía hacia el vehículo tarareando. Era de aspecto bonachón y de poco más de un metro setenta y cinco de altura; pasaba de los cincuenta años y lucía en su cabellera unas prominentes entradas, que trataba de disimular marcando la raya de su peinado más abajo de lo habitual. En su rostro lucía una perilla canosa unida a un espeso mostacho muy bien cuidado.

Aunque no gozaba ni el porte ni la presencia del Teniente Medina, tenía el lado izquierdo de su guerrera bastante más adornado que el suyo. Colgaban de ella tantas medallas y condecoraciones que era complicado añadir una más. La mayoría de ellas las había conseguido en conflictos bélicos, gracias a su templanza y valor. Según decía muy orgulloso, “he estado en casi todos los conflictos en los que ha participado mi patria”.

Cuando le preguntaban cómo había conseguido tantas medallas, sacando pecho contestaba: “lo difícil no ha sido conseguirlas, lo complicado es estar a su altura y saber llevarlas dignamente, porque hay veces que pesan más de lo que parece”.

Cuando se hallaba cerca del vehículo, el Teniente hizo el intento de salir del coche con la intención de abrirle la puerta, pero el Coronel le hizo una señal con la mano para que se volviera a sentar. El Coronel Fernando Calellas, era de costumbres sencillas y no le gustaban ciertos favoritismos de mando, sobre todo los que le hacían parecer un “*marqués ricachón*”, según sus palabras.

-Buenas tardes-noches Román -dijo con voz afable, mientras tomaba asiento en la parte delantera del vehículo.

-Buenas tardes mi Coronel.

El Coronel Calellas, muy metódico, se abrochó el cinturón de seguridad y observó si Román lo llevaba puesto. Una vez que lo verificó, colocó su tricornio sobre el salpicadero y se acomodó.

-Esta noche va a caer una buena helada –comentó el Coronel frotándose las manos.

-Tiene toda la pinta.

El Teniente Medina accionó el contacto de arranque, mientras su superior le indicaba con la mano que podía comenzar la ruta.

-¿Sabes que han concedido el tercer grado al gitano? –preguntó Calellas con suma delicadeza.

-¿A qué gitano?

-Que gitano va a ser... Antonio Jiménez –respondió con énfasis.

Sorprendido por la noticia, Román le dirigió rápidamente la mirada, aunque lentamente esbozó en su rostro un gesto de fingida indiferencia. Al observar su cínica indolencia, Calellas enmudeció para no hurgar más en la herida.

El coche se acercó lentamente a la salida del recinto, donde el guardia de puerta subió la barrera despidiéndoles con el protocolario saludo militar. Fuera de la casa cuartel, se abría una gran avenida muy iluminada de dos direcciones, delimitadas por una mediana.

Tras salir de la rotonda próxima al cuartel, el Teniente Medina mantuvo la vista fija en la carretera, tratando de evitar conectar con la mirada del Coronel, ya que tenía en mente rebatir sus órdenes.

-Mi Coronel -dijo encogiéndose de hombros-. ¿Usted cree necesario que vaya al velatorio?, no los conozco de nada, además en este momento, soy más útil en el laboratorio.

-Román, este hombre es amigo mío desde el instituto -contestó con voz paciente-. Además, como ya sabes, es una persona muy influyente en política. Qué menos que transmitirle nuestras condolencias y presentarle a la persona que se va a ocupar de la investigación del accidente de su mujer.

-¡Ya! Pero con comunicarle mi nombre hubiese servido. Y mientras yo, seguiría ocupándome de la investigación.

Calellas sin mediar palabra, lo miró de soslayo con gesto agrio.

-Otra pregunta mi Coronel –volvió a intervenir transcurridos unos segundos-. Siendo de la judicial, ¿por qué tengo que ir de uniforme? Podría haber ido perfectamente de calle, como lo hago siempre, ¿no?

Harto de las objeciones que estaba recibiendo, el Coronel Calellas resopló y le miró con semblante serio.

-Hay que guardar el protocolo Román –dijo elevando el tono de su voz- ¿Tienes algún problema en seguir el protocolo?

El Teniente Medina negó con la cabeza.

-Mire que está usted pesadito hoy. ¿Eh?

Román enmudeció con resignación durante un momento, pero como era una persona obstinada que no aceptaba un no por respuesta, volvió a intervenir.

-Con todos mis respetos mi Coronel, pero creo que hubiese sido más lógico que permaneciera en la escena del accidente y luego en el laboratorio.

-Para eso tienes a la Cabo Castillo, que está muy cualificada para ese trabajo, recuerda que la elegiste tú –le contestó el Coronel con tono irritado y semblante colérico - ¡Y basta ya, Joder!

El Teniente giró la cabeza un segundo hacia el Coronel y al percatarse del grado de crispación que reflejaba su rostro, creyó conveniente abandonar esa posición, a pesar de su terquedad. Total, era un caso perdido, ya estaba uniformado e iba de camino al velatorio. A veces su obstinación no le dejaba ver lo obvio y lo único que hacía era tensar la cuerda para no lograr nada. Era consciente de que sus ataques de insistencia en ocasiones eran superiores a él y no se sentía orgulloso de ello, pero aunque trataba de solucionarlo, le costaba bastante cuando se sabía en posesión de la razón.

Transcurrido el tiempo suficiente para relajar su gesto, el Coronel se frotó las manos frente a su boca a la vez que expiraba vaho para calentárselas.

-Le voy a poner al día para que sepa con quien va a tratar –intervino el Coronel Calellas-. Ella como ya sabe, era un bombón de mujer, al menos en lo que al físico se refiere. Era de familia adinerada, hija de Enrique Jornet el constructor. Caprichosa, consentida y estaba acostumbrada a conseguir siempre lo que quería de una u otra manera. Era fría y calculadora, y aunque esto parezca una frase hecha, ella la elevaba a su máxima expresión. ¡Joder Román! -exclamó tiritando-. ¿No tiene calefacción este coche?

Sorprendido por esa salida de tono, Román le dirigió rápidamente su mirada y asintió.

-Pues póngala, qué estoy congelado.

El Teniente alargó el brazo y giró la rueda del climatizador al máximo.

-¿Así le vale? -le preguntó pasados unos segundos.

Calellas acercó las manos a las salidas de aire y afirmó con la cabeza.

-Bueno, sigo... -dijo el Coronel cambiando su gesto a una ligera sonrisa nostálgica-. Él era de familia acomodada, buen estudiante y juerguista; doy fe de ello; ya que he estado en varios guateques con él -comentó con una leve carcajada-. ¡En fin...! Al acabar la carrera de derecho trabajó en un despacho de abogados especializado en casos fiscales. Gracias a un conocido de la familia, se metió en política a primeros de los noventa y así llegó a donde está.

Se abrió un corto silencio en el que Calellas no varió su gesto. Seguía luciendo en su rostro una sonrisa nostálgica digna de gratos recuerdos, hasta que le vino a la memoria un comentario que le confió su amigo Manuel Ripol en una trashedada velada, con un par de copas. Dicho comentario le había acompañado a lo largo de su vida, pues le había tocado la fibra sensible de tal manera que le había hecho cambiar su punto de vista sobre el tema en cuestión. Y aunque llevaba tiempo queriéndola comentar, no lo había hecho hasta el momento por lealtad a su amigo y porque a pesar de considerarla bastante veraz, era censurable.

-Nunca se me olvidará lo que me dijo en una ocasión a solas; “amigo Fernando, en este país resulta muy fácil gobernar, porque si tienes la suerte de hacerlo bien te cuelgas la medallita, y si lo haces mal, el político nunca es responsable de nada, ya lo solucionará el siguiente y lo pagaran los de siempre. Solo tienes que ver la definición popular de buen político, mientras que en países con cultura democrática, es aquel que administra bien los impuestos y hace crecer su país, aquí es el que tiene una oratoria capaz de hacer ver lo que no es, con el fin de ganar votos”.

Tras esa intervención Calellas enmudeció durante unos segundos, mientras meditaba éticamente si debía haber comentado aquella reflexión que tanto tiempo había callado. Antes de proseguir, su semblante mutó a una seriedad absoluta.

-En lo personal, es un tipo inteligente, ingenioso, manipulador y con una labia impresionante. Es de respuesta fácil y constantemente se adelanta a tus pensamientos. Vamos... todo lo que necesita una persona para triunfar en la política de este país.

-No tenemos solución... “Spain is different” -masculló Román mordazmente, aludiendo a una irónica frase de un político inglés.

El Coronel quedó ensimismado un instante a la vez que movía lentamente la cabeza de un lado a otro.

-¡En fin! -exclamó el Coronel volviendo a retomar su descripción-. Su mayor defecto es la ambición. Vendería a su madre por dinero y cambiaría a su padre por el poder. Según él, se casó con Maite por amor, pero a ella solo le interesaba el caché que le daba su cargo. Su matrimonio llevaba años acomodado en la indiferencia.

-De aquí podría salir un guión para un culebrón -interrumpió Román con sonrisa burlesca.

-Problemas de la gente guapa, como se denominan ahora. A lo mejor me he dejado llevar por la nostalgia y te he contado más de lo que necesitabas saber. Sé discreto, ¿Vale?

- Toda información es poca, ya sabe usted. En cuanto a mi discreción, ya me conoce.

-¡Escucha! -exclamó Calellas inesperadamente-. Esto es relevante; ella iba todos los miércoles al club de hípica donde montaba a caballo... y a otros animales de dos patas. Allí comía con sus amistades y de camino a casa es cuando tuvo el accidente. El desconocido con el que iba, seguro que era un amante y se habría encontrado con él en el club. ¿Estabas al corriente de sus devaneos?

-Mi Coronel, es vox populi en todo Toledo. Y por si era este el caso, envié a Elisa a investigar en el club de hípica para que averiguara la identidad del acompañante.

-¡Qué lástima de mujer! -volvió a intervenir el Coronel con afligido gesto-. Maite siempre fue una chica consentida, pero recuerdo que nunca se comportó como lo estaba haciendo últimamente. Aunque un poco egocéntrica, era una chica discreta, agradable y divertida, no sé en qué punto de su matrimonio perdió el norte.

-Pues problemas, decepciones, desengaños ¿No se daría al alcohol o a las drogas?

-¡No...! no creo... -dijo negando rotundamente con la cabeza-. Esto viene de problemas de infidelidad. No sé quién empezó primero, si él o ella, pero eso fue lo que mató esa relación. Porque a pesar de sus defectos y sus fuertes caracteres, eran tal para cual, ella ponía el dinero y él el poder.

El Teniente escuchó esta última intervención sin mostrar mucha atención, pues consideraba que era un dato irrelevante para la investigación. Al momento Calellas miró su reloj de pulsera.

-Bueno, ¿tienes alguna duda?

-De momento no mi Coronel -respondió dirigiéndole una corta mirada.

-Pues acelera, que no vamos a llegar nunca.